

Memoria y desmemoria

Quiénes fuimos. Quiénes somos

José Luis Trasobares Gauín

La Memoria y la Historia no son exactamente la misma cosa, ya sé. Pero la segunda no funciona cuando la primera ha quedado borrada.



Julia Dorado

Antes del Gran Musical y de las matinés rocanroleras en aquellos cines de Zaragoza, antes de Eric Burdon, la Jefferson, los Doors, Dylan, la Creedence, los Zeppelín y toda la corte celestial y eléctrica, antes incluso del “*Tantum ergo*” (*Tantum ergo sacramentum veneremur cernui et antiquum documentum novo cedat ritui*) en el coro de la La Salle -Montemolín... mi abuelo me enseñó canciones prohibidas, himnos de guerra que nadie debía escuchar fuera de las paredes de nuestra casa, coplas sarcásticas de

curas y monjas que subían “al coro cantando ¡Libertad!, ¡Libertad!, ¡Libertad!” y mi madre, ¡ah, mi maravillosa madre!, entonaba por lo bajini letrillas del cuplé republicano cuyo protagonista era un tal Elviro Urdiales, gobernador civil de Zaragoza durante el Bienio Negro (Elviro, Elviro Urdiales, p’á gobernador no vales, que tu casa está enronada de obispos y cardenales... Elviro, Elviro Urdiales). Antes de todo aquello, y después, al paso de los años, aprendí que la memoria está en el alma de los pueblos y que

quienes desean domar ese espíritu imponen la amnesia como parte fundamental del orden público.

“ De esto ni mu, me decían mis padres. ”

La Memoria y la Historia no son exactamente la misma cosa, ya sé. Pero la segunda no funciona cuando la primera ha quedado borrada. España es un país lobotomizado, cuya idea del pasado inmediato

puede ser manipulada fácilmente, cuyos archivos oficiales siguen en buena medida sometidos a la ley del secreto y cuya actual democracia ha sido incapaz de mirar hacia atrás con rigor y un mínimo sentido de la justicia (o de la decencia, si se prefiere).

Antes de leer a Julián Casanova y a otros autorizados autores, antes de conocer la verdad debidamente documentada... había escuchado en las veladas familiares relatos terribles, cuentos de ogros que vestían uniforme o camisa azul, militares rebeldes, escuadristas de Acción Ciudadana y Falange que detenían y fusilaban. Ferrovianos militarizados. Arengas de Millán Astray (mi abuelo enfermó de verdad tras ser obligado a escucharla), checas, paseos hasta las tapias del cementerio. La historia protagonizada por “Ojos de Madera”, obrero y exboxeador zaragozano, que fue denunciado en los primeros días del Alzamiento por el marido de una amante suya pero se escapó por los pelos de la muerte gracias a la intercesión de algunas personas de orden; luego se puso la camisa azul, se incorporó él mismo a los piquetes de ejecución... y acabó dándole matarile al pobre cornudo, en brutal correspondencia. ¿Demasiado siniestro? No, pura realidad. También oí hablar de mi tío Ángel Gavín, el militante confederal, el valiente oficial de milicias, el resistente antinazi, que se negaba a volver a España mientras viviese el Dictador. Sin embargo, mi padre se mostraba renuente a contar sus experiencias como combatiente en la Guerra Civil. Se aferraba al presente (años Sesenta y Setenta) parapetado tras las emisiones nocturnas de Radio París, el servicio en español de la BBC y Radio España Independiente. Las interferencias llenaban el cuarto de chirridos y ruidos marcianos entreverados con las frases de los locutores. De esto ni mu, me decían mis padres. Leí “Vientos

del Pueblo” y supe su significado. Luego leí a Marx y Engels y quise ser revolucionario.

Antes de que Francisco Goyanes (o sea, Paco Cálamo) me fuese trayendo lo último que se ha escrito sobre la Guerra de África, antes de que Manu Leguineche publicara su libro sobre Annual, antes de leer “Imán” (¡vaya pedazo de ópera prima que se sacó del magín Ramón J. Sender!)... escuché a los más mayores contar sucedidos de aquella sangría absurda: Melilla ya no es Melilla, Melilla es un matadero donde van los españoles a morir como corderos. Los españoles pobres, se comprende. Los ricos pagaban redención en metálico o una cuota, y ya no tenían que ir al Barranco del Lobo, hacer patrullas por la carretera a Larache o esperar el ataque rifeño en los blocaos. Es increíble que ese capítulo de nuestra Historia apenas sea conocido en detalle por una minoría. Y lo cierto es que allí, en el norte de Marruecos, en un conflicto sin sentido, se forjó el Ejército brutal que luego iba a poner a los españoles de rodillas y a convertir la patria en el burladero de los sinvergüenzas. Mi tío Manuel Gavín sirvió en África a las órdenes del comandante Franco. Le odiaba.

“ La construcción de idearios “nacionales”, sean centrípetos (españolistas) o periféricos (vasquistas o catalanistas) nos atormenta sin cuartel. ”

España, desmemoriada, ignora lo que sucedió antes de ahora. El imaginario colectivo queda así abierto a los mitos inventados, las manipulaciones más clamorosas, las mentiras más flagrantes. La construcción de idearios “nacionales”, sean centrípetos (españolistas) o periféricos (vasquistas o catalanistas) nos

atormenta sin cuartel. Las revisiones de la Historia están a la orden del día porque el hilo conductor de la memoria se rompió una y otra vez y ahora cada cual intenta reconstruir su propia visión del pasado, casi siempre desde presupuestos ideológicos y/o emocionales. La idea de España, asociada secularmente a toda clase de impulsos reaccionarios, discurrió a través de la Restauración y cuajó durante el franquismo en una apoteosis nacional-católica, contraria a todas las novedades políticas, sociales y culturales de la Edad Moderna. Todo lo que no encajara en ese formato fue prohibido y condenado al olvido. Un protocolo que ha llegado hasta hoy mismo, cuando una importante editorial todavía lanza manuales escolares en los que la muerte de García Lorca o el exilio de Machado son meros accidentes sobre el fondo de una especie de catástrofe natural. Somos un pueblo cuyo subconsciente todavía rumia, sin que nos demos cuenta, antiguos estados de shock.

El título “Quiénes fuimos” lo usó hace no mucho mi sobrino Miguel en un trabajo sobre memoria familiar que hizo en el instituto. Entonces todos le echamos una mano recuperando viejos documentos, fotografías, testimonios. Disfrutamos así de la memoria. Luces y sombras protagonizadas por nosotros mismos. Me dirá Carlos Forcadell que la Historia es otra cosa. Pero la memoria configura la atmósfera (personal y colectiva) que a mí me gusta respirar. Luego pondré un disco de Who, encenderé el flexo y leeré a Kapuscinski o a Grossman. Y me sumergiré, feliz, en los recuerdos.